

Textos

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

En este año 1995 se cumplen trescientos años de la muerte de la escritora mejicana Sor Juana Inés de la Cruz. Esta mujer, a quien sin duda podemos considerar una feminista «avant la lettre», encuentra en el convento una independencia que le negaba la vida laica. Además de por su clara conciencia en defensa de las mujeres, hemos elegido su obra, en este número especial dedicado al arte y la estética, porque sus poemas son, por sí mismos, brillantísimos ejemplos de nuestro mejor arte literario. También porque ha incluido, dentro de su producción, versos que se acercan a otras vertientes artísticas, como la pintura —a la cual alude por medio de poemas centrados en el tema del retrato— o la música. Como ejemplos de lo antedicho, vaya esta serie de escogidos poemas.

Hombres necios que acusáis...

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.

Si con ansias sin igual
solicitáis un desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia
y luego con gravedad
decís que fue liviandad
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco
al niño que pone el coco
y luego le tiene miedo.

Queréis con presunción necia
hallar a la que buscáis,
para pretendida, Tais,
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro
que el que, falto de consejo,
él mismo empaña el espejo
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,

quejándoos si os tratan mal,
burlándoos, si os quieren bien.

Opinión ninguna gana,
Pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis
que con igual nivel
a una culpáis por cruel
y a otra por fácil culpáis.

¿Pues cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende
y la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado y pena
que vuestro gusto prefiere,
bien haya la que no os quiere
y quejaos enhorabuena.

Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas,
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada:
la que cae de rogada
o el que ruega de caído?

¿O cuál es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga:
la que peca por la paga
o el que paga por pecar?

¿Pues para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Quererlas cual las hacéis
o hacerlas cuál las buscáis.

Dejad de solicitar
y después con más razón
acusaréis la afición
de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia,
pues en promesa e instancia
juntáis diablo, carne y mundo.

Al que ingrato me deja, busco amante...

Al que ingrato me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;
constante adoro a quien mi amor maltrata;
maltrato a quien mi amor busca constante.

Al que trato de amor hallo diamante;
y soy diamante al que de amor me trata;
triunfante quiero ver al que me mata
y mato a quien me quiere ver triunfante.

Si a éste pago, padece mi deseo:
si ruego a aquél mi pundonor enojo:
de entre ambos modos infeliz me veo.

Pero yo por mejor partido escojo
de quien no quiero, ser violento empleo,
que de quien no me quiere, vil despojo.

A la encarnación

Que hoy bajó dios a la Tierra
es cierto, pero más cierto
es que, bajando a María,
bajó Dios a mejor Cielo.
Por obediencia del Padre
se vistió de carne el Verbo;
mas tal, que le pudo hacer
comodidad el precepto.
conveniencia fue de todos
este divino misterio,
pues el hombre, de fortuna
y Dios mejoró de asiento.
Su sangre le dio María
a logro, porque a su tiempo,
lo que recibe encarnado
restituya rendimiento.
Si ya no es que para hacer
la redención se avinieron,
dando moneda la Madre
y poniendo el Hijo el sello.
Un arcángel a pedir
bajo su consentimiento
guardándole en ser rogada
de Reina los privilegios.
¡Oh grandeza de María!
Que cuando vio el Padre Eterno
de dominio con su Hijo,
use con ella de ruego.
A estrecha cárcel reduce
de su grandeza lo inmenso,
y en breve morada cabe
quien sólo cabe en sí mismo.

A un retrato

Este que ves, engaño colorido
que, del arte ostentando los primores,
con falsos silogismos de colores,
es cauteloso engaño del sentido.

Este, en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores
y venciendo del tiempo los rigores
triunfar de la vejez y del olvido,

es un vano artificio del cuidado;
es una flor al viento delicada,
es un resguardo inútil para el hado;

es una necia diligencia errada;
es un afán caduco, y, bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

Copia divina en quien veo...

Copia divina en quien veo
 desvanecido el pincel,
 de ver que ha llegado él
 donde no pudo el deseo;
 alto, soberano empleo
 de más que humano talento,
 exenta de atrevimiento,
 pues tu beldad increíble,
 como excede a lo posible,
 no la alcanza el pensamiento.

¿Qué pincel tan soberano
 fue a copiarte suficiente?
 ¿Qué numen movió la mente?
 ¿Qué virtud rigió la mano?
 No se alabe el arte vano
 que te formó peregrino,
 pues en tu beldad convino
 para formar un portento,
 fue su mano el instrumento
 pero el impulso divino.

Tan espíritu te admiro,
 que cuando deidad te creo
 hallo el alma que no veo
 y dudo el cuerpo que miro:
 todo el discurso retiro,
 admirada en tu beldad;
 que no muestra realidad,
 dejando el sentido en calma,
 que no puede copiarse el alma,
 que es visible deidad.

Mirando perfección tal,
 cual la que en ti llego a ver,
 apenas puedo creer
 que puedes tener igual:
 y a no haber original
 de cuya perfección rara
 la que hay en ti se copiara
 perdida por tu afición
 segundo Pigmaleón
 la animación te impetrara.

Toco, por ver si escondido
 lo viviente en ti parece.
 ¿Posible es que de él carece
 quien roba todo el sentido?
 ¿Posible es que no ha sentido

esta mano que le toca?
¿Y a qué atiendas te provoca
a mis rendidos despojos?
¿Que no hay luz en esos ojos?
¿Que no hay voz en esa boca?

Bien puedo formar querella,
cuando me dejas en calma,
de que me robas el alma
y no te animas con ella;
y cuando altivo atropella
tu rigor mi rendimietno,
apurando el sufrimiento
tanto tu piedad se aleja,
que se me pierde la queja
y se me logra el tormento.

Tal vez pienso que piadoso
respondes a mi afición,
y otras teme el corazón
que te esquivas desdeñoso:
ya alienta el pecho dichoso,
ya infeliz al rigor muere;
pero, como quiera, adquiere
la dicha de poseer,
porque al fin en mi poder
serás lo que yo quisiere.

Y aunque ostentes el rigor
de tu original fiel,
a mí me ha dado el pincel
lo que no puede el amor:
dichosa vivo al favor
que me ofrece un bronce frío,
pues aunque muestres desvío,
podrás, cuando más terrible,
decir que eres imposible,
pero no que no eres mío.

¿En perseguirme, mundo, qué interesas?

¿En perseguirme, mundo, qué interesas?

¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento
y no mi entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo tesoros ni riquezas,
y así, siempre me causa más contento
poner riquezas en mi entendimiento
que no mi entendimiento en las riquezas.

Yo no estimo hermosa que vencida
es despojo civil de las edades
ni riqueza me agrada fementida,

teniendo por mejor en mis verdades
consumir vanidades de la vida
que consumir la vida en vanidades.